

## CAPITULO VI

### LOS NOVELISTAS

- I. Caracteres propios de la novela inglesa.—En qué difiere de las demás.
- II y III. De Foe.—Su vida.—Su energía.—Su papel político.—Su espíritu.—Diferencia entre los realistas antiguos y los modernos.—Sus obras.—Sus procedimientos.—Su objeto.—*Robinson Crusoe*.—Cómo es inglés este carácter.—Su ardor interior.—Su voluntad obstinada.—Su paciencia en el trabajo.—Su juicio metódico.—Sus agitaciones religiosas.—Su piedad final.
- IV. Circunstancias que dan nacimiento á la novela del siglo XVIII.—Todas esas novelas son ficciones morales y estudios de caracteres.—Conexión entre la novela y el ensayo.—Dos ideas principales en moral.—Cómo suscitan dos clases de novelas.
- V. Richardson.—Su condición y su carácter.—Relación entre su perspicacia y su rigorismo.—Su talento, su minuciosidad, sus combinaciones.—*Pamela*.—Su temperamento.—Sus principios.—La esposa inglesa.—*Clarisa Harlowe*.—La familia Harlowe.—El carácter despótico é insociable en Inglaterra.—*Lovelace*.—El carácter orgulloso y militante en Inglaterra.—*Clarisa*.—Su energía, su sangre fría, su lógica.—Su pedantería, sus escrúpulos.—*Sir Carlos Grandisson*.—Inconvenientes de los protagonistas autómatas y edificantes.—Richardson sermonero.—Sus pesadeces, su ñoñería, su énfasis.
- VI. Fielding.—Su temperamento, su carácter y su vida.—*Joseph Andrews*.—Su concepción de la naturaleza.—*Tom Jones*.—Carácter del *squire*.—Los héroes de Fielding.—*Amelia*.—Lagunas de su concepción.



VII. Smollet.—*Roderick Random*.—*Peregrine Pickle*.—Comparación de Smollet con Lesage.—Su concepción de la vida.—Dureza de sus héroes.—Crudeza de sus pinturas.—Relieve de sus caracteres.—*Humphrey Clinker*.

VII (continuación). Sterne.—Estudio excesivo de las particularidades humanas.—Carácter de Sterne.—Su excentricidad.—Su sensibilidad.—Sus licencias.—Por qué pinta las enfermedades y las degeneraciones de la naturaleza humana.

VIII. Goldsmith.—Depuración de la novela.—Pintura de la vida burguesa, de la felicidad honrada y de la virtud protestante.—*El Vicario de Wakefield*.—El eclesiástico inglés.

IX y X. Samuel Johnson.—Su autoridad.—Su persona.—Sus maneras.—Su vida.—Sus doctrinas.—Su juicio sobre Voltaire y Rousseau.—Su estilo.—Sus obras.—Hogarth.—Su pintura moral y realista.—Contraste entre el temperamento inglés y la moral inglesa.—Cómo la moral ha disciplinado el temperamento.

## I

En medio de esos escritos acabados y perfectos aparece un nuevo género, apropiado á las inclinaciones y á las circunstancias públicas: la novela antinovelsca, obra y lectura de espíritus positivos, observadores y moralistas, destinada, no á exaltar ó recrear la imaginación, como las novelas de España y de la Edad Media, no á reproducir ó embellecer la conversación, como las novelas de Francia y del siglo xvii, sino á pintar la vida real, á describir caracteres, á sugerir planes de conducta y á juzgar de los motivos de acción. Se asistió á una aparición extraña, y fué como oír la aparición de un pueblo sepultado bajo tierra, cuando, entre la corrupción espléndida del mundo elegante se levantó ese severo pensamiento burgués y se vió en una misma mesa, al lado de Afra Behn, que divertía aún á las damas, el *Robinson* de Daniel de Foe.

## II

Este, disidente y whig, sucesivamente ó á la vez gorrero, tejero, empleado en aduanas, publicista, agente político, moralista y novelista, fué uno de esos trabajadores infatigables y de esos porfiados combatientes que, á pesar de verse maltratados, calumniados y encarcelados, con todo, á fuerza de energía militante y de sano sentido utilitario, concluyeron por atraer á Inglaterra á su partido. A los veinticuatro años tomó las armas por Monmouth, y fué gran milagro que no le ahorcasen ó deportasen. Siete años después se ve arruinado y tiene que esconderse. En 1702, por un escrito entendido al revés, le condenaron á multa, le ponen en la picota, le tienen encerrado en Newgate, le arruinan por segunda vez, y durante dos años, en la cárcel, no tiene más que su pluma para sostener á su mujer y á sus seis hijos. Puesto en libertad y trabajando en Escocia en pro de la unión de los dos reinos, estuvo á punto de ser apedreado. Otro felleto, mal comprendido también, le lleva nuevamente á la cárcel, y le obliga á pagar una fianza de ochocientas libras; felizmente recibe á tiempo el perdón de la reina. Le defraudan, le roban y le difaman. Tiene que reclamar contra los falsarios que imprimen y alteran sus obras en beneficio propio, contra el abandono de los whigs que no le juzgan bastante dócil, contra la animosidad de los tories que ven en él el primer campeón de los whigs. En medio de su defensa sufre un ataque de apoplejía, y desde la cama continúa defendiéndose. Vive, sin embargo,



y no á poca costa. Duplica su tarea, y atiende á la vez á tres ó cuatro ocupaciones, una de ellas secreta, peligrosa, repugnante, la cual le conduce á hacerse accionista y redactor de varios periódicos torjes para embotar su aguijón y diluir su veneno: ocupación nada limpia, análoga á la de los barrenderos nocturnos, tanto más comprometedora cuanto que es pagada, pero que acepta, porque ni su conciencia ni su Biblia la condenan, y porque, si observa las consignas rígidas de la moral, ignora las susceptibilidades delicadas del honor (1). Entre tanto vuelve los ojos hacia la ficción, y á los cincuenta y ocho años compone el *Robinson Crusoe*, luego *Moll Flanders*, *Captain Singleton*, *Duncan Campbell*, *Colonel Fack*, *History of the Great Plague id London*, *Memoirs of a Cavalier* y otras más. Agotada esa vena, cava al lado y explota otra: *El Perfecto negociante inglés*, *El Perfecto gentleman inglés*, *El Cuadro del comercio inglés*, *Los Secretos del mundo invisible*, *Un viaje al través de la Gran Bretaña*. Ha llegado la vejez, y con ella la enfermedad, los achaques: tiene la gota y la piedra. Ha padecido su reputación por el papel político que ha representado bajo un disfraz; se le acusa de haber llevado un doble juego; ha provocado rencores que le persiguen: en 1724 estuvo á punto de ser asesinado por uno de sus antiguos colaboradores; en el año que precede á su muerte tiene aún que escaparse y permanecer oculto. Tornan y se agravan sus apuros de dinero; ha transferido sus bienes á su hijo; pero ese hijo ingrato, faltando á su promesa firmada, deja á sus hermanos «y á su pobre madre moribunda mendi-

(1) *Daniel Defoe, his life and recently discovered writings*, by William Lee, 3 vol., 1869.

gar el pan á su puerta» (1). En vano ha escrito en prosa y en verso sobre todos los asuntos, políticos y religiosos, de circunstancias y de principios, sátiras y novelas, historias y poemas, viajes y folletos, tratados de negocios y noticias estadísticas, en todo doscientas cincuenta y cuatro obras, no de amplificación, sino de razonamientos, de documentos y de hechos, apiñados y acumulados unos sobre otros con tal prodigalidad, que la memoria, la meditación y la aplicación de un hombre parecen demasiado pequeñas para tal labor; murió sin un cuarto, dejando deudas.—Por cualquier parte que su vida se mire, no se ven más que esfuerzos prolongados y persecuciones sufridas. El goce parece ausente; la idea de lo bello no tiene acceso allí. Cuando De Foe llega á la ficción, es como presbiteriano y como plebeyo, con asuntos bajos é intenciones morales, para divulgar las aventuras y reformar la conducta de los ladrones y de las mozas, de los obreros y de los marineros. Todo su placer fué pensar que había un servicio que hacer, y que él le hacía. «El que tiene la verdad de su parte (dice) es un tonto al par que un cobarde, si teme confesarla en atención á la multitud de opiniones de los demás. Cierto que es duro eso de decir un hombre: todo el mundo se engaña, menos yo; pero, si es así realmente, ¿qué puede hacer él?» Nada, sino marchar derecho y completamente solo en medio de los golpes y las salpicaduras del lodo.—Por lo demás, De Foe es un obrero, un buen herrero de corte que, durante cincuenta años, hizo al por mayor y para el uso diario una porción de buenos útiles, un surtido completo de

(1) W. Lee, *Ibid.*, t. I, 458, carta de De Foe, 12 de Agosto de 1730.



tenazas, tijeras, punzones, sierras, cepillos, alicates y martillos, todos sólidos, bien hechos y manuales; los despachó por millares, á precio infimo, sobre todo entre la burguesía inferior y el pueblo; en materia económica y social, en moral y en política, esos útiles fueron, en su tiempo, muy empleados y muy eficaces. Sin embargo, tres ó cuatro veces, con verdadero talento, fabricó algunos grupitos de hierro forjado ó cobre repujado, una docena de figurillas copiadas del natural, y reprodujo varias escenas instructivas de la vida popular; una sola vez y por acaso, con un soplo de genio, pudo fundir una gran estatua, figura original y racional, de un tipo aparte, que es el retrato de él mismo y la más viva efigie de su nación.

### III

Tenía el género de inteligencia que conviene á tan duro servicio, inteligencia sólida, exacta, absolutamente desprovista de finura, de fervor y de atractivo (1). Su imaginación es la de un hombre de negocios, atestada de hechos, no la de un artista. Cuenta esos hechos según le vienen á las mientes, sin orden ni estilo, como quien conversa, sin pensar en producir un efecto ó en combinar una frase, con las palabras corrientes y los giros vulgares, volviendo á lo mejor sobre sus pasos, repitiendo dos ó tres veces una misma cosa, no dando muestras de sospechar que hay medios de recrear, de impresionar, de arrebatarse ó de

(1) Véase sus poemas tan triviales, entre otros «*Jure Divino, a poem in twelve books, in defence of every man's birthright by nature.*»

agradar, no teniendo más deseo que descargar en el papel la superabundancia de informes de que se ha provisto. Aun en materia de ficción, sus pormenores son tan precisos como en materia de historia. Da las fechas, el año, el mes, el día; marca el viento, Nordeste, Suroeste, Noroeste; escribe un diario de viaje, catálogos de mercancías, cuentas de comerciante, el número de los *moidores* (moneda portuguesa), los intereses, los pagos en especie, el precio de coste, el precio de venta, la parte del rey, de los conventos, de los asociados y de los comisionados, el total líquido, la estadística, la geografía y la hidrografía de la isla; y eso hasta el punto de que el lector siente tentaciones de tomar un atlas y dibujar él mismo un mapita del lugar para seguir todos los pormenores de la historia y ver los objetos tan clara y plenamente como el autor. Parece que éste ha hecho todos los trabajos de su *Robinson*: tan exactamente los describe, con los números, las cantidades, las dimensiones, como un carpintero, un alfarero ó un marinero emérito. Jamás se había visto tal sentimiento de la realidad, y no se ha vuelto á ver. Nuestros realistas de hoy, pintores, anatómicos, hombres de oficio y de escuela, están á cien leguas de esa naturalidad; en sus descripciones asaz minuciosas se transparentan el arte y el cálculo. De Foe produce ilusión, porque no es á los ojos á los que engaña, sino al espíritu, y eso á la letra; su relato de la gran peste ha pasado más de una vez por verdadero, y lord Chatham tomaba sus *Memorias de un caballero* por una historia auténtica. A eso aspiraba él. «El editor (dicen las ediciones antiguas de *Robinson*) cree que este libro es una historia verídica de hechos. Y, realmente, no se ve en él ninguna apariencia de ficción.» He ahí su talento, y de esa manera le sirven sus im-



perfecciones; su falta de arte se convierte en un arte profundo; sus negligencias, sus repeticiones, sus difusiones, contribuyen á la ilusión; no se puede suponer que pormenores tan minuciosos, tan triviales, sean inventados; un inventor los hubiese suprimido; son demasiado enojosos para que se hayan puesto expresamente; el arte escoge, embellece, interesa; no es el arte el que ha amontonado ese cúmulo de accidentes insulsos y vulgares; es la verdad.

Léase, por ejemplo, la *Relación verídica de la aparición de cierta mistress Veal, al otro día de su muerte, á cierta mistress Bargrave, en Cantorbery, el 8 de Setiembre de 1705, aparición que recomienda la lectura del Libro de los consuelos contra el temor de la muerte, por Drelincourt* (1). Los libracos de derecho que deletrean las comadres no son más monótonos.

Hay tal cúmulo de detalles circunstanciados y legalizados, tal cortejo de testigos citados, designados y confrontados, tan completa aparición de buena fe burguesa y de sensatez vulgar, que se tomaría al autor por un tendero retirado, de inteligencia demasiado limitada para inventar un cuento; ningún escritor cuidadoso de su reputación hubiese compuesto semejante insulsez. En efecto; no es de su reputación de lo que de Foe se preocupa; tiene otras miras; nosotros, los escritores, no las adivinamos: es que nosotros no somos más que escritores. En sustancia, él quiere hacer que se venda un libro piadoso que no se vende, y, encima, confirmar á la gente en su fe, convenciéndola de que vuelven almas del otro mundo. Esa es la gran prueba que se ofrece entonces á los incrédulos; aun el

(1) Compárese con el *Caso de Waldemar*, de Edgar Poe. El americano es un artista enfermo, y de Foe un burgués sesudo.

grave Jonhson tratará de ver un aparecido, y no hay entonces suceso más apropiado á las creencias de la clase media. Aquí, como en otras partes, de Foe, lo mismo que Swift, es un hombre de acción; busca el efecto, y no el ruido; compone el *Robinson* para advertir á los impíos, como Swift escribía la vida del último ahorcado para infundir miedo á los ladrones. «Se cuenta esta historia (dice el prólogo) para instruir á los demás con un ejemplo, y también para justificar y honrar la sabiduría de la Providencia.» En esa sociedad positiva y religiosa, entre esos burgueses políticos y puritanos, la práctica es de tal importancia que reduce el arte á mero instrumento suyo.

Jamás el arte fué instrumento de una obra más moral y más inglesa. Robinson es completamente de su raza, y aun hoy puede instruirla. Tiene esa fuerza de voluntad, ese ardor interior, esas sordas fermentaciones de imaginación violenta, que antiguamente engendraban los reyes del mar, y hoy engendran los emigrantes y los *squatters*. Las desgracias de sus hermanos, las lágrimas de sus padres, los consejos de sus amigos, las reconvenciones de su razón, nada logra detenerle; «hay una inclinación fatal en su naturaleza»: tiene que lanzarse al mar. En vano se apodera de él el arrepentimiento á la primera tempestad: ahoga en el vino esos «accesos» de conciencia. En vano le advierten un naufragio y el peligro de muerte; se endurece y obstina. En vano el cautiverio entre los moros y la posesión de una plantación fructuosa le aconsejan el reposo: el instinto indomable se despierta; «ha nacido para ser su propio destructor», y vuelve á embarcarse. El buque perece, y él se ve arrojado solo á una isla desierta; entonces es cuando la energía nativa encuentra su cauce y su empleo; es menester que,



como sus descendientes en Australia y América, rehaga y reconquiste una á una las invenciones y las adquisiciones de la industria humana; una á una las reconquista y las rehace. Nada detiene su esfuerzo, ni la posesión ni el cansancio. «Ahora (dice), después de haber hecho y cargado once balsas en trece días, tenía el mayor almacén de objetos de todas clases que, creo, haya podido reunir jamás un solo hombre; pero no estaba satisfecho aún, porque mientras el buque permaneciese fuera, me parecía que *debía* sacar de él todo lo que pudiese. Y creo, en verdad, que si el tiempo hubiera continuado en calma, me hubiese llevado el buque entero pieza por pieza.» A sus ojos, el trabajo es cosa natural. Cuando, para resguardarse, va al monte á cortar estacas que clava, y cada una de las cuales le cuesta un día de faena, dice que «esa faena era muy penosa y muy aburrida; pero ¿á qué venía pensar si lo que hacía era enojoso ó no, puesto que tenía bastante tiempo para hacerlo, y no tenía otra ocupación...? Mi tiempo y mi trabajo valían poco, y así, tan bien empleados estaban de una manera como de otra.» La aplicación y la fatiga de la cabeza y de los brazos ocupan ese exceso de actividad y de fuerzas; hace falta que esa muela halle grano que moler, sin lo cual, girando en el vacío, se gastaría á sí propia. Trabaja, pues, todos los días y todo el día, haciendo de carpintero, remero, mozo de carga, cazador, labrador, alfarero, sastre, lechero, cestero, afilador, panadero, sin dejarse vencer por las dificultades, por las decepciones, por el tiempo, por las penalidades. No teniendo más que un hacha y un cepillo, necesita cuarenta y dos días para hacer una tabla. Invierte dos meses en fabricar sus dos primeras vasijas; emplea cinco meses en construir su primera canoa;

después, «con una cantidad prodigiosa de trabajo», allana el terreno desde su astillero hasta el mar; luego, no pudiendo llevar la canoa hasta el mar, intenta llevar el mar hasta la canoa, y principia á abrir un canal; en fin, calculando que necesitaría diez ó doce años para acabar la obra, construye en otro sitio otra canoa, con otro canal de media milla de longitud, de cuatro pies de profundidad y de seis pies de anchura. Gasta en eso dos años. «Yo había aprendido no á desesperar de ninguna cosa. En cuanto vi que esa era factible, no la dejé ya de la mano.» Siempre se repiten estas enérgicas palabras de indomable paciencia. Esa dura raza está hecha para el trabajo, como sus caballos para la carrera. Aun hoy se oyen sus valientes hachazos y azadonazos en los *clains* de Melbourne y en los *log-houses* del Lago Salado. La razón de sus éxitos es la misma allí que aquí: todo lo hacen con cálculo y con método; razonan su ardor: es un torrente que canalizan. Robinsón no obra más que armado de cifras y después de maduras reflexiones. Cuando busca un emplazamiento para su tienda, enumera las cuatro condiciones que el sitio debe reunir. Cuando quiere librarse de la desesperación, traza imparcialmente el cuadro de sus bienes y de sus males, y le divide en dos columnas, activo y pasivo, artículo contra artículo, en términos que el balance resulta beneficioso para él. Su valor no es más que el obrero de su buen sentido. «Examinando, dice, y midiendo cada cosa conforme á la razón, y formando sobre las cosas el juicio más racional posible, todo hombre puede hacerse, con el tiempo, dueño de todo arte mecánico. En mi vida había manejado yo una herramienta, y, sin embargo, con el tiempo, merced al trabajo, á la aplicación, á los expedientes, vi al fin que no me faltaría



nada que no hubiese podido hacer, sobre todo, disponiendo de instrumentos; aun sin instrumentos, hice una porción de cosas.» Hay un placer serio y profundo en ese triunfo penoso y en esa adquisición personal. El *squatter*, como Robinsón, se regocija de los objetos, no sólo porque le son útiles, sino porque son obra suya. Se siente hombre, al encontrar por todas partes, en torno suyo, la muestra de su labor y de su pensamiento; se complace «en ver dispuestas todas las cosas tan á mano; en ver tan ordenados todos sus bienes y tan grande su almacén de objetos necesarios». Entra placentero en su casa, porque allí es dueño y autor de todas las comodidades que encuentra; allí come gravemente «y como rey».

He aquí los goces del *home*. En él penetra un huésped que fortifica esas inclinaciones de la naturaleza con el ascendiente del deber. La religión aparece, como debe aparecer, merced á emociones y visiones: porque no es ésta un alma tranquila; la imaginación se desencadena en su seno al menor choque, y la arrastra hasta el umbral de la locura. El día en que ve las huellas de los salvajes, se siente «como herido de un rayo» y huye «como una liebre espantada á su madriguera»; sus ideas son un torbellino que no puede dominar; por más que se parapete y se esconda, se cree descubierto; quiere soltar sus cabras, derribar sus cercas y destruir sus sembrados. Se entrega á toda clase de desvaríos; se pregunta si no es el diablo el que ha dejado aquella impresión de un pie, y razona sobre el particular. «Consideré que el diablo hubiese podido encontrar multitud de medios distintos para aterrorizarme», si tal era su deseo. «Como yo moraba en la parte opuesta de la isla, jamás habría sido él tan cándido que hubiese dejado aquella huella donde había

diez mil probabilidades contra una de que yo no la viese, sobre todo en la arena, de donde la habría borrado la primera ola levantada por un viento fuerte. Todo eso no parecía en consonancia con la cosa misma, ni con las ideas que nos formamos comúnmente de la sutileza del diablo.» En esa alma apasionada é inculta que «durante ocho años ha permanecido sin pensamiento y como estúpida», engolfada en el trabajo manual y dominada por las necesidades del cuerpo, echa raíces la fe, alimentada por la ansiedad y la soledad. Entre los azares de la omnipotente naturaleza, en ese gran vaivén incierto, un francés, un hombre educado como nosotros, se cruzaría de brazos con semblante taciturno, como estoico, ó aguardaría, como epicúreo, el retorno de la alegría física. Robinsón, al ver las espigas que acaban de brotar de improviso, llora y empieza por creer que Dios las ha sembrado para él expresamente. Otro día tiene una visión terrible; durante la fiebre se arrepiente; abre la Biblia, y encuentra en ella palabras que cuadran á su situación: «Invócame en los días de angustia, y yo te libraré.» Entonces acude á sus labios la oración, la oración verdadera, que es la conversación del corazón con un Dios que responde y á quien se escucha. Luego, releyendo estas palabras: «*jamás, jamás te abandonaré*, al instante me asaltó la idea de que esas palabras eran para mí. ¿Por qué, si no, me hubiesen sido dirigidas de ese modo, precisamente en el momento en que me afligía por mi situación, creyéndome abandonado de Dios y de los hombres?» En adelante se abre para él la vida espiritual. Para penetrar en ella hasta el fondo, el *squatter* no necesita más que de su Biblia; lleva con ella su fe, su teología, su culto; todas las noches encuentra allí alguna aplicación á su situación



presente; ya no está solo; Dios le habla y proporciona á su voluntad la materia de un segundo trabajo para sostener y completar el primero. Porque ahora emprende contra su corazón el combate que ha sostenido contra la naturaleza, quiere conquistar, transformar, mejorar, pacificar el uno como ha hecho con la otra. Robinsón ayuna, guarda el domingo, lee tres veces al día la escritura. A fuerza de trabajo interior, obtiene «de su espíritu, no sólo la resignación á la voluntad de Dios, sino aun la gratitud sincera». «Le tributé humildes y fervientes acciones de gracias por haberse dignado hacerme comprender que él podía compensar plenamente los inconvenientes de mi soledad y la falta de toda sociedad humana con su presencia y con las comunicaciones de su gracia á mi alma, sosteniéndome, reconfortándome, alentándome á descansar aquí abajo en su providencia y esperar su eterna presencia para después.» En esa disposición de espíritu no hay nada que no se pueda soportar y hacer; el corazón y la cabeza vienen en ayuda de los brazos; la religión consagra el trabajo; la piedad alimenta la paciencia, y el hombre, apoyado por una parte en sus instintos, y, por otra, en sus creencias, se siente capaz de descuajar, poblar, organizar y civilizar continentes.

## IV

Por acaso encontró aquí De Foe, como Cervantes, una novela de caracteres; por lo común, como Cervantes, no hace más que novelas de aventuras; conoce mejor la vida que el alma, y el curso general del mundo que las particularidades del individuo. Sin embar-

go, está dado el impulso, y ahora los demás le siguen. Las costumbres caballerescas se han desvanecido, llevándose consigo el teatro poético y pintoresco. Las costumbres monárquicas se desvanecen, llevándose consigo el teatro ingenioso y licencioso. Las costumbres burguesas se establecen, trayendo consigo las lecturas domésticas y prácticas. La literatura, como la sociedad, cambia de curso. Hacen falta libros que se lean al amor de la lumbre, en el campo, en familia; hacia ese género se convierten la invención y el genio. La savia del pensamiento, abandonando las ramas viejas que se secan, afluye á ramillas inadvertidas que hace vegetar y verdear de pronto, y los frutos que en ellas desarrolla atestiguan á la vez la temperatura ambiente y el tronco natal. Dos notas distintivas les son comunes y propias. Todas esas novelas son novelas de caracteres: es que los hombres de ese país, más reflexivos que los otros, más inclinados al melancólico placer de la atención concentrada y del examen interior, encuentran alrededor de sí medallas humanas más vigorosamente acuñadas, menos gastadas por el roce de la sociedad, y cuyo relieve intacto es más visible que en otras partes. Todas esas novelas son obras de observación y parten de una intención moral: es que los hombres de ese tiempo, abandonados de la alta imaginación é instalados en la vida activa, quieren sacar de los libros una instrucción sólida, documentos exactos, emociones eficaces, admiraciones útiles y motivos de acción.

No hay sino mirar alrededor; la misma inclinación comienza por todos lados la misma obra. La novela brota de todas partes; y, bajo todas las formas, revela el mismo espíritu. En este momento (1) aparecen el

(1) 1709, 1711-1713.



*Tatle*, el *Spectator*, el *Guardián*, y todos esos ensayos agradables y serios que, como la novela, van á buscar al lector á domicilio para surtirle de documentos y proveerle de consejos; que, como la novela, describen las costumbres, pintan los caracteres, y tratan de corregir al público; que, en fin, como la novela, tienden de suyo á la ficción y al retrato. Addison, como amante delicado de las curiosidades morales, sigue complacientemente las simpáticas rarezas de su querido sir Rogerio de Coverley, sonríe, y con mano discreta conduce al excelente caballero á todos los tropiezos que pueden poner de relieve sus preocupaciones rústicas y su generosidad nativa, mientras, al lado de él, el desgraciado Swift, rebajando el hombre al nivel de las fieras y las acémilas, tortura á la naturaleza humana, obligándola á reconocerse en el execrable retrato del Yahu. Por mucho que difieran, los dos trabajan en la misma obra. No emplean la imaginación más que para estudiar los caracteres y sugerir planes de conducta. Contraen la filosofía á la observación y la aplicación. No piensan más que en reformar ó flagelar el vicio. No son más que moralistas y psicólogos. Los dos se concretan á la consideración del vicio y de la virtud, el uno con una benevolencia serena, el otro con una indignación feroz. El mismo punto de vista produce los agradables retratos de Addison y las epopeyas difamatorias de Swift. Los sucesores hacen lo propio, y todas las diversidades de los temperamentos y de los talentos no impiden que sus obras reconozcan una fuente única y concurren á un solo efecto.

Dos ideas principales pueden regir la moral, y la han regido en Inglaterra. Ya se acepta por soberana la conciencia, ya se toma por guía el instinto; ya se recurre á la gracia, ya se confía en la naturaleza; ya

se somete todo á la regla, ya se abandona todo á la libertad. Las dos opiniones han reinado en Inglaterra alternativamente, y la estructura del hombre, demasiado vigoroso y demasiado rígido á la par, ha justificado alternativamente su ruina y su éxito. Unos, alarmados por el ardor de un temperamento demasiado alimentado y por la energía de las pasiones insociables, han mirado la naturaleza como un animal peligroso, y han puesto la conciencia con todos sus auxiliares, la religión, la ley, la educación, las conveniencias, como otros tantos centinelas armados para reprimir sus menores ímpetus. Otros, sublevados contra la dureza de una acción incesante y la minuciosidad de una disciplina hurafía, han derribado guardianes y barreras, y soltado á la naturaleza cautiva para dejarla gozar del aire libre y del sol, lejos de los cuales se ahogaba. Unos y otros, por sus excesos, han merecido su derrota y rehabilitado á sus adversarios. De Shakespeare á los puritanos, de Milton á Wycherley, de Congrève á de Foe, de Sheridan á Burke, de Wilberforce á lord Byron, el desarreglo ha provocado la represión, y la tiranía la rebelión. Ese gran debate de la regla y de la naturaleza es el que se desarrolla aún en los escritos de Fielding y de Richardson.

## V

«*Pamela ó la virtud recompensada*, serie de cartas familiares, escritas por una joven, y publicadas á fin de inculcar los principios de la virtud y de la religión en los espíritus de los jóvenes de ambos sexos: obra que tiene un fundamento verdadero, y que, á la vez